

ANTONIO DEL AMO LA LARGA ESPERA

Un libro sobre «estética del montaje» ha vuelto a recordarnos el nombre de Antonio del Amo. Hace años era conocido como director con inquietudes al firmar películas como «Día tras día», «Sierra maldita» o «El sol sale todos los días»... Más tarde fue olvidado al firmar la larga serie de películas que interpretara el niño-cantor Joselito. Hace ya mucho tiempo que dejó de recordarse su actividad como crítico en «Nuestro Cinema» u «Objetivo»...

En otro apartado de esta revista aparece nuestra opinión sobre el último libro de Del Amo. En nuestra charla no hemos querido hablar demasiado de él. Nos interesaba más conocer a la persona, saber de su trayectoria, saber sus opiniones sobre su propia situación, la de su generación, la del cine español. Del Amo ha sido un protagonista importante de los últimos años de nuestro cine. De director a productor, guionista, escritor, fundador de unos estudios cinematográficos, su camino ha ido adaptándose a las distintas circunstancias de nuestra más reciente historia. El desasosiego de Del Amo, quizá debido a esto último, no le permite ser un hombre riguroso. Y en sus declaraciones surge rápidamente la contradicción.

Sin embargo, Antonio del Amo nos parece un intuitivo inteligente que «siente» un montón de cosas y las va sacando según las va viendo sobre la marcha, aun cuando parezca que no vienen a cuento. Hablar con él ha sido en todo momento interesante. Sobre todo, según avanzaban las horas, dejábamos el «usted» para empezar a tutearnos y apagábamos finalmente, a petición suya, el magnetofón. Del Amo cree todavía en el mito de la juventud. Y fue perdiendo el aire reposado de una entrevista para enfascarse, sin pudor, en una conversación general que le interesaba.

Lo que a continuación se reproduce quiere ser un esquema de nuestra conversación. Aun cuando, inevitablemente, se queden en el tintero una cantidad insospechada de cosas.

TRIUNFO.—Usted ha dirigido unas treinta películas, ¿no?

ANTONIO DEL AMO.—Sí, aproximadamente... No todas de mi gusto, claro. He hecho de todo. De las frustradas, de las que no entraban dentro de mis apetencias, mejor es no hablar. Desgraciadamente, si vosotros también vais a dedicaros a esto del cine, vais a tener muchos disgustos como los míos, a no ser que tengáis las espaldas muy guardadas para poder luchar contra todo y decir que no hacéis una cosa hasta que no sea de vuestro gusto.

T.—Su última película se llamó «Tengo que abandonarte»...

A. DEL A.—Sí, pero ya he abandonado esos intentos y he decidido

hacer sólo un cine que valga la pena o no hacer nada.

T.—¿En qué consistía ese intento?

A. DEL A.—En hacer una fonovela. El mercado estaba muy difícil y nadie te daba una garantía de distribución si no presentabas una cosa que fuera teóricamente rentable. Y para que lo fuera tenías que presentar algo que el público ya hubiera aceptado de antemano, como películas con canciones de Marisol, Raphael, Sara Montiel o quien sea.

El antes y el ahora

T.—La situación del cine español, ¿ha sido siempre la misma o ha habido otros momentos? Cuando usted entró en el cine...

A. DEL A.—Cuando yo entré había una protección tremenda por parte del Estado, casi te aseguraban que la película te iba a dar tanto dinero. Y, claro, se podía hacer muy fácilmente. Después vinieron los permisos de importación; cada permiso valía un millón de pesetas y podías conseguir varios por una película española. Y, entonces, una película te podía costar dos millones. El cine sí era un negocio, porque el Estado ayudaba mucho y porque costaba todo más barato.

T.—¿Y la dificultad de estrenar, ha sido siempre igual o es más importante hoy?

A. DEL A.—No, no, ahora es más grave. Y eso que antes al público no le gustaba el cine español tanto como le gusta hoy. Hoy, el cine que sale al mercado —el de Masó, Ozores, etcétera— tiene éxito porque refleja estados de espíritu nuestros, costumbres nuestras, maneras de ser nuestras, humor nuestro y el público está ya harto de ver telefilms que son todos iguales. Antes, el cine español era muy vituperado porque el cine americano ofrecía películas francamente buenas, comedias estupendas que aún hoy pueden verse por televisión. Pero ya hoy el cine americano no tiene tanto ascendente sobre la gente, porque ha desaparecido prácticamente todo aquel cine de consumo que era francamente bueno. Y ahora sólo quedan las películas-río, las películas espectaculares y las de autor que apenas llegan aquí, porque son muy dudosas para los distribuidores.

«La solución para el cine español podía estar en plantear otro tipo de películas, mucho más auténtico del que se hace, pero para eso necesitamos la apertura total de censura para competir con el extranjero con las mismas armas que él lucha. Con la economía tan limitada que tenemos en España es muy difícil que



haya gente que se arriesgue a hacer lo que le dé la gana.

T.—¿Tiene usted proyectos, guiones en este sentido que no haya podido hacer?

A. DEL A.—Muchos. Tengo ahí un montón de guiones buenísimos que no logro hacer. La última cosa que intenté, y para la que tenía incluso el crédito de un Banco, era algo muy bueno que se llamaba «Andalucía setenta», y que era un enfoque distinto de Andalucía. El productor no veía claro este proyecto a pesar de que yo, astutamente, había introducido las dos vertientes de lo comercial y lo artístico. Pero me decían que ese guión podía ser bueno si lo ambientaba en el Oeste americano. Para mí, eso perdía toda su esencia, todas las posibilidades de cantar España, nuestro ambiente y todo lo que nosotros sentimos, lo que es nuestro entorno, que es lo que nosotros debemos reflejar.

T.—Usted hizo algún «western», ¿no?

A. DEL A.—Sí..., sí... Hice «El hijo de Jesse James»...

Un país pequeño

T.—Usted dependía para su proyecto de «Andalucía setenta» de una ayuda de Cinespaña, la distribuidora internacional...

A. DEL A.—Me negaron la ayuda, García Escudero, que es quien lleva esta sociedad, que ha sido el hombre que más ha ayudado al cine joven en el tiempo que estuvo al cargo de la Dirección General de Cinematografía, se ve obligado ahora a proteger sólo el cine comercial. Y es menester que los jóvenes reflexionéis ahora sobre esto: nada que sea español interesa al mundo, no tenemos proyección.

T.—Pero, ¿no interesa nada absolutamente o nada de lo que se puede hacer?

A. DEL A.—Yo creo que ni ahora ni después. Es una nación muy pequeña y no implantamos nuestros gustos, aunque nos esforcemos en hacerlo. Las cosas pueden interesar en un momento de hecatombe, como hace unos años pudo interesar una película como la de Joris Yvens sobre la guerra española. Pero, fuera del momento de hecatombe, no interesa nada. Nuestra solución podía ser que España se convirtiera en un taller donde hacer películas para todo el mundo. Sin carácter nacional, claro. Pero si hacemos un cine provinciano, cateto, no interesa a nadie.

T.—¿Y a los españoles?



«NECESITAMOS ENCONTRAR UN ESTILO ESPAÑOL PARA NUESTRO CINE».

A. DEL A.—Pues, no. Mira, hace años yo le decía a un director de cine que me gustaba mucho, que por qué en sus películas no intentaba crear un estilo español y se dejaba de imitar el cine americano. Y él me contestó que no se trataba de una cuestión de mimesis, sino de algo muy pensado, porque si no lo hacía así sus películas no se podrían exportar. Y esto me hizo pensar que tenía razón. Yo estaba entonces empeñado en encontrar un estilo para nuestro cine, cuando hice «Sierra maldita», que era una película que podía tener fallos o no, pero que tenía un estilo lorquiano, un estilo español. Y digo lorquiano, porque a Lorca también le preocupaba mucho esa cosa de nuestro estilo, como podía preocuparle a Falla o a Alberti. Yo proponía un cine de espíritu, denso, que acabara con el cine de acción en el que la gente se pega bofetadas o se matan, que es un cine terriblemente infantiloides. Pero ahora se va cada vez más al cine de acción, al cine extravertido. El cine está embrutecido por cuestiones de taquilla y porque está en manos de comerciantes. Yo digo en el libro que esta crisis del cine es

positiva, porque nos va a permitir encarnarnos un poco en la esencia del cine. En empobrecer el cine. Volver a las fuentes, empobreciéndolo. Una vez que se hayan cargado el cine del todo, es posible que de sus cenizas surja el Ave Fénix con un nuevo sentido del cine auténtico. Pero si queremos edificar sobre el cine comercial, sobre la taquilla, creo que no vamos a ninguna parte. Tendremos que arruinarnos antes todos. Y con esto soy optimista. Creo que en mi libro se nota este optimismo.

T.—Editar el libro ha sido para usted una aventura romántica...

A. DEL A.—Sí, pero no me pesa, porque va a ser la única aventura romántica que voy a tener después de esta serie de trastadas que llevo hechas.

T.—En cine ha tenido usted también aventuras románticas.

A. DEL A.—Sí, también algunas, sí. Por ejemplo, perdí dinero con «El sol sale todos los días», entre otras, claro.

T.—Luego vendría para usted la serie de Joselito. Pero, dentro de ella, tiene usted otras películas como «Nada menos que un arcángel»...

A. DEL A.—Sí, fue muy mal. Ni siquiera cobré el sueldo de director. Tuve hasta que poner yo algo de dinero.

Camino de la frustración

T.—Cuando se refiere usted a las películas de Joselito o a algún «western» que ha hecho después, se siente como muy dolido, como si le fastidiara hablar de ello.

A. DEL A.—Sí, me molesta hablar de ello.

T.—¿Tiene usted mala conciencia por haberlas hecho?

A. DEL A.—Sí, posiblemente... Yo las hice sabiendo que no se debían hacer. Y, claro, a uno no le gusta que le digan que es cojo o jorobado. Y basta que no me guste hablar de ello para que la gente no haga otra cosa. Hay gente que lo hace incluso con malicia. Y yo lo comprendo, porque ese camino no se ha debido intentar. Pero, ¿quién sabe lo que le espera a cada uno!

T.—¿Por qué dice usted que ese no es el camino o que no se ha debido intentar?

A. DEL A.—Porque los que se entregan al cine con vocación o con entusiasmo, con una idea elevada, no deben hacer esas cosas. Esto es para otros que no tienen ni idea del cine y que les importa tres pitos. Yo soy desgraciado habiendo hecho estas cosas, y hay quien está muy ufano y muy contento y muy feliz. No quiero citar nombres, pero hay multitud de directores que son felices haciendo estas cosas.

T.—Pero usted mismo reconocía que no teniendo las espaldas guardadas es irremediable...

A. DEL A.—Sí, pero la gente lo ve muy mal. En cambio, no ven mal que un gran pintor haga monos para publicidad. A la hora de juzgar estas cosas uno se olvida de muchas cosas.

T.—Si existieran unas circunstancias favorables, ¿volvería usted al cine social?

A. DEL A.—¿Qué duda cabe! Integralmente, si es que todavía me dejaban. Mi programa es todavía muy ligero. Yo tuve una juventud muy exaltada, como está mandado, porque no hay ningún joven que sea conformista. A unos les da por una cosa y a otros por otra, pero todos son inconformistas. Yo tengo un programa que acarició mucho mi

ANTONIO DEL AMO

juventud, que tengo intacto y que me gustaría cumplirlo, pero ahora no hay condiciones, no hay ambiente para ello.

T.—¿Cree que seguiría valiendo igual ese realismo?...

A. DEL A.—Sí, claro, si está intacto, si en España no hemos hecho apenas cine de esto...

Buscando un estilo español

T.—Hace unos meses nos decía Nieves Conde que al profesional español no se le puede juzgar, porque no es libre. ¿Está usted de acuerdo con esto?

A. DEL A.—No, por supuesto que no somos libres. Estamos condicionados por muchas cosas. Sobre todo por el dinero. Y por la censura, por supuesto. El dinero y la censura. Fundamentalmente, el dinero, porque yo creo que se podría hacer un cine interesante sin la censura, con todas las consecuencias de la censura. Sin evasión, buscaríamos nuestros subterfugios para hacer un cine interesante sin que rozara para nada la censura. Pero no un cine apto para salir al extranjero, porque para eso es necesario que nos quitemos de encima nuestra fiereza y que hagamos unas cosas integrales, con estilo nuestro.

T.—Pero, ¿qué es estilo español?

A. DEL A.—Pues el estilo español puede ser en cine lo que es muy bien en música, lo que es en literatura. Nuestra literatura es distinta a todas. No tiene nada que ver un clásico español con un clásico italiano, por ejemplo. Somos más primarios, más primitivos, menos refinados y todo eso trasciende en nuestra obra de arte, ¿no? Más ibéricos... Y en música todo eso tiene una plasmación.

T.—Y ese estilo español, ¿sí interesaría fuera?

A. DEL A.—Si consiguiéramos crear el drama español cien por cien como nosotros lo sentimos, un poco salvaje, sí podía interesar. Pero sin ambigüedades, haciéndolo directo, sin disimulos, tal como somos nosotros, un pueblo tirando a salvaje, aunque parezca que estamos civilizados. Tenemos un trasfondo que sería interesante que saliera, como ha salido con Goya y ha salido con mucha gente. Somos un pueblo apasionado y brutal. Y cualquiera de estos nuestros tiene una proyección mundial.

—T.—Esto que dice usted ahora está un poco en contradicción con lo que usted decía antes, de que na-

da en este pequeño país podía interesar fuera.

A. DEL A.—Tal como estamos forzando a que sea el país, con la influencia americana y de cafeterías y de música y de cosas de esas. Nos hemos desespañolizado todos. Empezando por la juventud, que es hoy la más mimética. Ahora todos parecen monos. Yo creo que el artista debe contar su entorno, su ambiente, para que sea artista, para que sea conocido y para que realmente choque en todas partes. Si no hacemos esto es inútil que hagamos nada. ¿Para qué? Si hay que hacer una película sobre Francia o sobre Hollywood, la hacen mucho mejor allá, digo yo. Tienen mejores medios y es más auténtico todo.

Una generación perdida

T.—Pero, como profesional, el seguir rodando siempre es interesante...

A. DEL A.—Sí, claro, como el que hace gimnasia, que tiene que conservar la forma. Esa es la cuenta que me eché yo, si había que dirigir por si llegaba el momento de poder hacer cosas interesantes... Pero, no... Es una generación vacía la nuestra... Completamente frustrada... Está compuesta por gente que ha estudiado mucho y que ha dado mucho por el cine. Y esto vosotros no lo conocéis, porque en su obra no trasciende nada de esto. Pero hay una generación, la nuestra, que estábamos muy unidos y luchábamos por una causa muy buena. En vanguardia y acometiendo con todo lo que estaba mal hecho... Al cabo del tiempo, resulta que no ha pasado nada... ¿Por qué?, me pregunto yo... Nuestro propósito era bueno... ¿Por qué no ha pasado nada?... Estábamos llenos de buenos propósitos, ¿por qué no ha pasado nada? ¿No os puede pasar a vosotros lo mismo?

T.—Cuando usted habla de su generación, ¿se refiere a Sáenz de Heredia, Gil..., o se refiere a Bardem y Berlanga?

A. DEL A.—Bardem y Berlanga son posteriores. Cuando hablo de mi generación me refiero a nombres como Gil, Antonio Román, Villegas López, Luis Gómez Mesa, Carlos Serrano de Osma, Arturo Ruiz-Castillo y toda esa gente que formábamos grupo en aquella época. Nos acaudillaba un poco Juan Piqueras y hacíamos la revista «Nuestro Cinema». Eramos jóvenes salvajes en aquella época. ¿Por qué no hemos llegado y no lo hemos hecho? Decídmelo por qué. Yo no quiero decirlo. Yo lo sé, pero no lo puedo decir... ¿Por qué ha pasado esto?... Una serie de circunstancias, de condicionamientos, de cosas... Las cosas no

podían ocurrir así... Yo, durante la guerra, me lancé al frente con una cámara... No podía hacer más...

T.—¿Fue la guerra un hecho determinante en esa generación? ¿O lo fue la posguerra?

A. DEL A.—La posguerra más bien. Todo se desperdigó. La gente perdió la sinceridad. Todos perdimos la sinceridad. Unos por temor y otros por qué sé yo... Por congraciarse... Qué sé yo... Es que la guerra a la gente la cohíbe y la descentra. Su sinceridad se pone a prueba y quizá la anula. Las guerras y las posguerras... Vosotros tenéis ahora una proyección mucho más sana que la nuestra. No habéis vivido momentos de apasionamiento... Una guerra es corrosiva. Yo creo que por esas circunstancias somos una generación completamente perdida.

T.—Quizá las circunstancias no sean todavía totalmente diferentes...

A. DEL A.—Sí, ahora hay condiciones ambientales muy distintas. Aunque es cierto que ha venido una desgracia, que es lo que os decía antes: la igualdad, la importación de modas y de cosas que ni nos van ni nos vienen, pero que las tomamos con mucho frenesí y las hacemos nuestras. Como pasó en un tiempo con los franceses en España, ¿no? Podíamos modernizarnos pero conservando nuestra idiosincrasia. Supongo que habrá alguna generación que lo haga.

El buen salvaje

T.—¿Cree usted que a su generación se la ha criticado de una forma excesivamente dura, sin comprenderla, sin tener en cuenta las circunstancias en que ha vivido?

A. DEL A.—No, yo no me he sentido muy criticado. Tengo, claro, centenares de críticas de la gente que ha esperado siempre algo de mí y que yo no he dado. Por lo que sea, por una serie de razones (vosotros las sabéis), yo no he dado esas cosas y ha llegado un momento en que la gente se ha decepcionado y ya no espera nada de mí... Imagino que habrá pasado igual con todos... Yo no he dado nada de lo que he predicado en mi juventud... Tengo una serie de guiones que he ido ofreciendo por ahí, pero si no gustan o no interesan, ¿qué puedo hacer yo? Ahora he podido editar este libro porque ha sido una cosa factible para mí, pero no puedo intentar montar una película y que caiga sobre mí una responsabilidad como esa, expuesto a un drama. El libro, más o menos bueno, está como yo lo podía escribir. Quizá podía haber sido más apasionado a otra edad, pero yo creo que está bien, es todo lo que yo puedo hacer.

T.—Usted es un hombre que se singulariza en su generación porque continuamente está intentando hacer cosas, y cuando no hace cine, escribe libros o monta esos estudios cinematográficos que ha creado ahora en Madrid.

A. DEL A.—Sí, mira, eso sí. Como última esperanza, os juro, de verdad, que he fundado estos estudios no como un señor que quiere poner un negocio para ganar dinero, sino pensando que dentro de unos años ninguno de los estudios actuales podrá servir dada su antigüedad y sus características. Los estudios deben renovarse, como se van a renovar las salas de proyección. Y yo he fundado éstos queriendo ofrecer todo lo que creo que va a hacer falta en el cine.

T.—Su actividad futura, ¿se va a encaminar sólo a estos estudios?

A. DEL A.—Sí, de momento nada más. Y luego pienso que alguna cosa habrá para mí, ¿no? Coproducciones, por ejemplo... En algún país que haya algún productor que esté dispuesto a hacer películas que sean algo más ambiciosas que los «westerns» estos de aquí.

T.—Usted, que rechaza una serie de sus películas, que le molesta incluso que se hable de ellas, ¿no cree que por lo menos su obra ejemplifica de alguna manera las características en que se mueve un profesional del cine dentro de nuestro país?

A. DEL A.—Mi historia es típica, completamente idónea... No se puede liberar nadie de esta inquietud mía, de saltar de una cosa a otra, de cultivar distintos géneros, de hacer esto y lo otro, de meterme a productor... Una cosa rabiosa de querer romper por algún sitio... Y todo joven que se dedique a dirigir se verá obligado a actuar de esta manera... Yo he estado toda la vida predicando cosas buenas para el cine y luego he tenido que hacer lo contrario... Lógicamente, estoy amargado. Por muy poca sensibilidad que tenga. Yo no comprendo que haya personas que estén haciendo lo contrario de lo que han dicho y se sientan ufanos y orgullosos... No me entra en la cabeza... Realmente, nosotros no hemos hecho nada... El balance es bastante tonto, por llamarlo de alguna manera... Pero, en fin, se ha hecho lo que se ha podido; no se ha podido hacer más... También embrutece mucho la falta de medios, hambre, necesidad... Como embrutece el exceso de pan, la buena mesa, el exceso de todo... Creo que nosotros nos hemos embrutecido inevitablemente... ■ Entrevista recogida en magnetofón por DIEGO GALAN y FERNANDO LARA. Fotos: R. RODRIGUEZ.